

REFLEXIONES EN TORNO A UNA REALIDAD CASI INEXISTENTE: LA LITERATURA SOBRE LA CIUDAD DE MÉXICO EN LA DÉCADA DE LOS NOVENTA

Gilda Waldman M.

"No nos une el amor sino el espanto.
Será por eso que la quiero tanto".
Jorge Luis Borges (refiriéndose a Buenos Aires).

La literatura ha acompañado permanentemente a la ciudad, expresando, a través de seres humanos de carne y hueso, el entretejido de las relaciones sociales, políticas, económicas y culturales generadas y desarrolladas en el espacio urbano. ¿Cómo comprender la consolidación urbana del burgués parisino después de la Revolución Francesa sin leer a Balzac? ¿Cómo aproximarse a la experiencia de los hombres que vivían en carne propia las innovaciones urbanas que rompían calles y tradiciones en el París de 1850 sin conocer a Baudelaire? ¿Cómo conocer, vívidamente, la explotación de mujeres y niños en el Londres de finales del siglo XIX si no fuese por las descripciones de Dickens? ¿Nos hubiésemos acercado, sensitivamente, a las transformaciones de una ciudad como San Petesburgo en los albores de la Revolución Rusa sin mediar la lectura de Gogol? ¿Habríamos imaginado la configuración heterogénea y bulliciosa de Nueva York a principios de nuestro siglo sin John Dos Passos? ¿Tendríamos alguna idea de lo que es Dublín, sin Joyce? ¿Comprenderíamos lo que significaron las transformaciones de Berlín o Viena después de la Primera Guerra Mundial sin Alfred Doblin o Joseph Roth?

Las ciudades inspiraron a los escritores, los cuales, a su vez, las transfiguraron en crítica, espejo y profecía. La fabulación literaria ha

dejado memoria de episodios, relatos, itinerarios, espacios y referencias urbanas. Una ciudad ficticia, como Santa María (ubicada en algún lugar del Río de la Plata), creada literariamente por Juan Carlos Onetti, se volvió parte del imaginario colectivo latinoamericano, y los subterráneos (metafísicos) de cualquier gran ciudad de nuestro continente se desplegaron en la obra de Ernesto Sábato, Roberto Arlt, Mario Vargas Llosa o José Donoso.

En México, más allá de los deliciosos recorridos de Salvador Novo en la década de los cuarenta por una ciudad en rápida transformación, fue *La región más transparente*, de Carlos Fuentes (publicada en 1958) el tañido literario que le dio a la capital del país su estatuto de ciudad moderna. Ciertamente, Fuentes pretendía desentrañar en este texto, como en muchas otras de sus obras, la esencia de la identidad mexicana a partir del acervo mitológico fundacional del país. *La región más transparente* constituye, a través de su épica de alcance universal, el escenario social, económico y político de un México que crecía y se desarrollaba imprimiendo en sus habitantes una nueva manera de hacer suya la ciudad. Pero, fundamentalmente, la novela de Fuentes convertía a la Ciudad de México en acabado personaje literario, encontrando en ella una fuente inagotable de prodigios y también por supuesto, la grandeza maltrecha de lo ciudadano.

Durante la década de los sesenta diversos fueron los escritores que se dedicaron a penetrar en las interioridades de la Ciudad de México y perderse en sus laberintos. Reiterativamente, la literatura de esta época asumía de nueva cuenta a la Ciudad de México como gran personaje, medida de todas las cosas. La escritura de José Agustín, Gustavo Sainz o Parménides García Saldaña reflejaba, sin embargo, una nueva sensibilidad, y expresaba el nuevo ritmo de una ciudad que crecía a ritmos vertiginosos. Se trataba, ahora, de una ciudad de jóvenes que hablaban un nuevo lenguaje y que el modo de Allan Ginsberg o Jack Kerouac, se desplazaban infinitamente por ella, intentando aprehenderla amorosamente y decodificar sus encrucijadas.

Ciertamente, como generación literaria hizo suya, de manera diferente, a la ciudad de México. La década de los ochenta presentaba, ya, una ciudad fragmentada, un mosaico urbano caleidoscópico pero también inasible. El *flanneur* de Walter Benjamin, que podía tener a la calle como su morada, era ya una recurrencia del pasado. La Ciudad de México recreada por Carlos Fuente ya no existía, y en su lugar emergía una ciudad desbordada que diluía los límites de su propia territorialidad.

Tepito, Polanco, la colonia Roma, etcétera, se convertían en los ejes de una nueva literatura urbana, expresión de una nueva ciudad que se veía crecer, inaprehensible. Los barrios, cada vez más segregados, se convirtieron en imaginarios literarios desde donde se rescataban sus voces, fantasías, personajes y atmósferas peculiares.

Pero también pronto los barrios desaparecieron del escenario de la literatura mexicana. En la década de los noventa, es notable el desplazamiento temático que ésta ha experimentado, mismo que ha dejado en las sombras a la Ciudad de México como lugar privilegiado de la creación literaria. La novela histórica que recrea atmósferas pasadas y la literatura que gira en torno al tema homosexual han sido algunas de las manifestaciones de este desplazamiento. Sin embargo, la novela de corte policiaco y, fundamentalmente, la novela política (incluyendo la que se refiere a las memoraciones de la guerrilla y la clandestinidad) son los hitos que marcan a la literatura mexicana de nuestros días. Las razones son comprensibles, y quizá cabría agregar alguna otra: los límites entre la política y la ficción no parecen ser muy claros, de modo tal que la política se asemeja cada vez más a la ficción, y la literatura (de este tipo) se acerca cada vez con mayor precisión a la realidad.

En este marco, el horizonte de la ciudad como protagonista literario ha quedado desvanecido. ¿Cómo recrear una ciudad a la cual se le han quitado y cambiado los nombres a sus calles? ¿Cómo dejar memoria de una ciudad a la cual sus esculturas —expresión tangible de su permanencia— desaparecen repentinamente sin dejar huella y sus monumentos son reemplazados por nuevos símbolos del desarrollo urbano? La Ciudad de México se ha expandido, fragmentado y, al mismo tiempo, multiplicado por sí misma. Ella no constituye ya un lugar de identidad, ni relacional ni histórico. La Ciudad de México ya no es un “lugar de memoria”. La capital del país es, ahora, un mundo prometido a lo individual, lo provisional y lo efímero. La identidad del hombre urbano ¿podrá encontrarse actualmente en la Ciudad de México: dispersa, violenta, hostil? La reordenación del espacio urbano se ha traducido en una nueva geografía en la cual los habitantes de la megaurbe ya no se reconocen en ella. Las calles ya no son espacios comunales, sino espacios de apropiación excluyentes. Aunque el Centro Histórico —corazón de la identidad nacional— ha sido revitalizado, la ciudad ha multiplicado sus centros, alternativos y dispersos. Ingobernable, descomunal, caótica, sucia, escéptica, sobresaturada, pero también pletórica de pautas de conducta y prácticas socioculturales: ¿cómo reconstruir literariamente sus mil

rostros? ¿cómo recrear a través de la palabra la multiplicidad de ciudades que existen dentro de ella?

La Ciudad de México constituye ahora, literariamente, un telón de fondo sobre el cual se entretajan otras historias, crueles y desencantadas. Quienes conocieron la Ciudad de México en su inmensidad aún aprehensible, son ya adultos, y para los jóvenes la ciudad es una desconocida en la que cualquier cosa puede ocurrir. La literatura sobre la Ciudad de México, la que la asumía como protagonista desmenuzándola para contemplar su totalidad, es ya desmemoria y nostalgia. Y sin embargo, la ciudad sigue invitando a los dueños de la palabra a entrar en ella, encontrarla, escudriñar en sus rincones, explorar su alucinante geografía. La actual dinámica citadina ha dejado atrás el tratamiento literario que alguna vez pudieron darle Carlos Fuentes, José Emilio Pacheco, Arturo Azuela, Luis Spota, o Agustín Ramos. Pero la Ciudad de México puede ser, nuevamente, una fuente de inspiración para la literatura mexicana, no sólo como diálogo con el pasado en el que renace la vida de otros tiempos sino como fundamento del rescate primordial de parte sustantiva de la cultura actual de México.